

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

El reality show



Contra la opinión médica, aunque a favor de mi economía, tomé mi maletita, le puse el mínimo de impedimenta y me fui al aeropuerto con la mira de llegar a Cancún. El aeropuerto, muchos de ustedes ya lo sabrán, constituía un hacinamiento humano como aquellos que en mi infancia se formaban so pretexto de “la Feria del Hogar”. El nivel de desesperación y de voluntad de fuga de mis conciudadanos era muy alarmante. A como diera lugar, se querían largar. A varios de ellos yo los vi pidiendo boletos para donde fuera. No les importaba irse a Ciudad Mante con tal de poner tierra de por medio entre ellos y nuestra Capital. La verdad, nada de eso era bronca mía. Mi misión era muy clara: tomar el avión de Aeroméxico que iba a Cancún, dar una conferencia y retornar vencedor a tierras aztecas. Esa era mi misión y me dispuse a cumplirla. Años ha, cuando vivía la autora de mis días, la salida de casa no duraba menos que una media hora. En lo que mi madre me hacía todo tipo de advertencias, ensalmos y bendiciones para que mi salud física no sufriese menoscabo y, sobre todo, para que la bendita virtud de mi alma regresase incólume y sin la menor mancha de pecado venial o mortal. Me imponía el escapulario café que era para accidentes comunes, el escapulario verde que era para contra-

tiempos de gran entidad tipo nacimiento de volcán, o declaración de guerra mundial, un “¡Detente!” que, según era fama, había logrado detener hasta balas de alto calibre que no herían al poseedor, sino al baboso que iba junto. Como verán, salía yo protegidísimo. En cambio ahora, ni estaba yo en ánimo de salir, ni tenía la menor protección de las fuerzas ultraterrenales. Para acabarla de fregar, el aeropuerto era una especie de antesala del Arca de Noé y la rebatanga de boletos estaba en su esplendor. Como es su sana costumbre, Aeroméxico y Mexicana habían sobrevendido sus vuelos y no sabían qué hacer ante el hecho de que todos los compradores hubieran llegado. Todos querían ser los iniciadores de la recuperación turística de México. El caso es que en el avión cupimos los que cupimos y ya que parecíamos camioneta de reparto de la guardería ABC, el aeroplano tomó pista y salió rumbo a Cancún.

¡No, señora mía, yo no iba a descansar, ni a darle rienda suelta a mis más bajos instintos!. Yo iba a trabajar. Para ventura mía, me había caído un contrato para dar una conferencia a los distribuidores de medicinas y productos similares y mi situación financiera no está para hacerle el feo a ninguna oferta, aunque ésta sea fuera de la ley.

Llegué a Cancún que parece reanimarse, me fui a mi hotel, acomodé mis triques y descubrí que faltaban varias horas para mi char-

la. Conjuntamente descubrí que me había llevado un engendro titulado “Si yo fuera Presidente” (El reality show de Peña Nieto), un libro escrito y bien escrito por Jenaro Villamil donde nos pone delante y de cuerpo entero a este moconete mexicano, hijo tuerto de MONTIEL y de Carlos Hank.

El libro lo leí en unas cuantas horas de la tarde y me dio la impresión de que su objetivo fundamental era mostrarnos cómo el tal Peña Nieto es un espectro creado básicamente por la televisión y sostenido por la erogación de miles de dólares. Alguna vez desayuné con Peña Nieto y, como suelo hacer, le aconsejé el parricidio político (lo mismo hice con Marcelo y ya ven el caso que me han hecho. Peor para ellos). MONTIEL, al parecer, es el señor de los dineros del Cártel de Atlacomulco y pelearse con él sería, para la lógica priista, un autasuicidio como dice un amigo mío.

Terminé la lectura, pensé un buen rato y concluí que, con su actual repertorio, Peña Nieto no gana ni un torneo de yo-yo. Por lo mismo: ojalá y sea el candidato del PRI.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXCV (1595)

Manlio Fabio.

Cualquier correspondencia con esta columna engaviotada, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

